

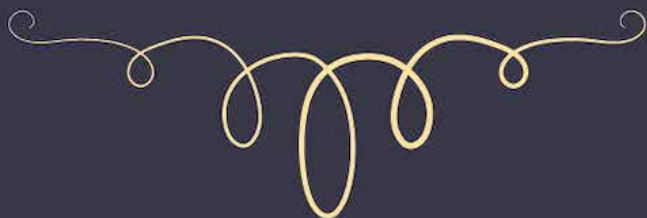


ÉTIENNE SOURIAU



# TENER UN ALMA

ENSAYO SOBRE  
LAS EXISTENCIAS VIRTUALES



Cactus  
serie perenne



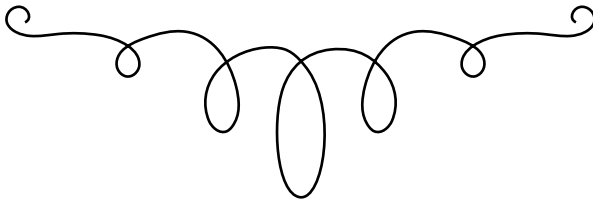


ÉTIENNE SOURIAU



# TENER UN ALMA

ENSAYO SOBRE  
LAS EXISTENCIAS VIRTUALES



*¿Lo persigue el temor a la nada universal? Acuéstese en el césped de verano y mire el sol que juega en la flor rosada de la magnolia contra el cielo indigo. No podrá dudar de que algo existe. Tampoco podrá creer que eso indudable es el hecho psíquico de la sensación, en la medida en que es seguro que ese grupo sensorial solo debe su solidez y su evidencia a una cierta intensidad de perfección, a ciertas relaciones de armonía y de acabamiento, a un cierto arte puro, armazón inmaterial del espectáculo mismo, y que determina su verdadero plano de patuidad. Un esplendor puro, un soneto perfecto, un Momento Musical.*

Étienne Souriau

ÉTIENNE SOURIAU  
**TENER UN ALMA**  
ENSAYO SOBRE  
LAS EXISTENCIAS VIRTUALES

Traducción de **Sebastián Puente**

Editorial **Cactus**  
Perenne



Souriau, Étienne

Tener un alma: ensayo sobre las existencias virtuales / Étienne Souriau - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Cactus, 2021.

160 p.; 20 x 14 cm - (Perenne)

Traducción de: Sebastián Puente

ISBN 978-987-3831-60-7

1. Ensayo Filosófico. 2. Filosofía del Espíritu. I. Puente, Sebastián, trad. II. Título.  
CDD 194

Título original: *Avoir une âme: essai sur les existences virtuelles* (1938)

Autor: Étienne Souriau

© de esta edición en castellano: Editorial Cactus, 2021

Traducción: Sebastián Puente

Impresión: Latingráfica SRL

ISBN: 978-987-3831-60-7

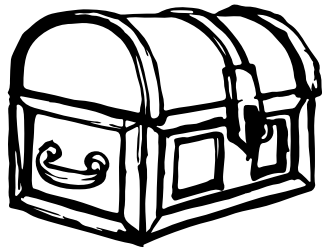
IMPRESO EN ARGENTINA | PRINTED IN ARGENTINA

[info@editorialcactus.com.ar](mailto:info@editorialcactus.com.ar)

[www.editorialcactus.com.ar](http://www.editorialcactus.com.ar)

# ÍNDICE

Capítulo I. <b>Del alma como objeto de representación</b> .....	9
Capítulo II. <b>Diferentes tipos de existencia</b> .....	31
Capítulo III. <b>Dimensiones cosmológicas</b> .....	51
Capítulo IV. <b>Una encrucijada</b> .....	81
Capítulo V. <b>Por las ventanillas interiores</b> .....	101
Capítulo VI. <b>Un poco de armonía</b> .....	141





## Capítulo I

# Del alma como objeto de representación

—¿Por qué nosotras no poseemos un alma inmortal?  
—dijo tristemente la pequeña sirena—.  
¿No puedo yo también tener un alma?  
—Difícil, respondió la vieja reina meneando la cabeza.

ANDERSEN

Me hacían preguntas sobre cosas muy escabrosas. Me decían, por ejemplo: “Díganos, ¿con qué fin Dios ha creado a los hombres? ¿Cada uno de ustedes tiene un alma inmortal? ¿Esa alma es de cuero o de tela engomada?

HEINE

Un alma que quizá no era más que una mirada...

ROSTAND

La palabra alma suena de una manera bastante rara para los oídos filosóficos modernos. Al escucharla, más que a la irrupción de la metafísica, uno cree que asiste a la irrupción del lenguaje de los literatos y de los poetas. Incluso los filósofos de filosofía general la evitan, pues prefieren a sus sucedáneas más sutiles. En cuanto a los psicólogos, se sabe que decidieron resueltamente, y hace ya un largo tiempo, no utilizarla.

De modo que la palabra está disponible. A su desgracia, a su estadia por fuera del lenguaje de técnicos y especialistas, le debe sus atractivos y encantos.

Algunas nociones se benefician de que las hayan puesto un poco en penitencia. En la sombra del cuarto oscuro, rejuvenecen.

Sabemos muy bien qué pecados de juventud expía la idea de alma, como para que sea necesario recordarlo con severidad. Todos sabemos cómo se ha arrepentido por mucho tiempo de sus orígenes prelógicos. Psique, mariposa o pájaro con cabeza humana, lo que más tarde se

llamará Sirena, que se escapa del cuerpo con un pequeño grito cuando llega la muerte –*ψυχή δ' ἐχ' ῥεθέων πταμένη... γόωσα*, dice Homero–, o bien homúnculo que el diablo recoge prestamente de la boca de un moribundo; hay motivos para que siga siendo sospechosa por mucho tiempo. ¡Y qué anécdotas comprometedoras! Las finas partículas de polvo irisadas, las *ξύσατα* que flotan en el aire, y que son almas, caen sobre la tierra y de allí ascienden por el tallo de las habas, para horror de los pitagóricos. Platón hizo alusión a ese temor a morir un día de mucho viento (el alma frágil sería disipada de inmediato)... o bien aplastado por la caída de una roca: el alma quedaría presa, pensaron algunos estoicos.

Y en seguida, o casi en paralelo, la edad metafísica, que comenzó tan temprano. El alma concebida como un número (que es, por otra parte, una de las ideas más profundas que se hayan propuesto sobre el tema); o hela allí también entelequia primera de un cuerpo físico organizado que tiene vida en potencia. Por último, sustancia, perfectamente distinta del cuerpo, que subsiste sin él, y que puede sin él ejercer mil facultades maravillosas, entre ellas la de diversificarse y descomponerse en una multitud de pensamientos, ideas y acciones diversas, sin perder su unidad...

Fue entonces cuando la pusieron en el rincón, para que medite sobre sus errores y sus faltas. Por otra parte, la era positivista se desembarazó de ella tanto más fácilmente en la medida en que ella aspiraba por entonces a una existencia nouménica. El siglo de Comte quería fenómenos. Y por fenómenos, esa era entendía no solamente apariencias, sino también, ante todo, acontecimientos: la sucesión de un antecedente y un consecuente; y luego relaciones funcionales, que se pretenden generalizables bajo la forma de una ley. Desde luego que el hecho de no desistir de una disciplina en apariencia tan rigurosa, benefició durante un largo tiempo a la filosofía y a la psicología. Pero la suerte ha cambiado. Por un lado, se han vuelto manifiestas algunas insuficiencias de método. Por otro lado, algunas conquistas son tan definitivas que no pueden ponerse en discusión ni en peligro. El lector

puede quedarse tranquilo de que aquí no volveremos ni a la hipótesis nouménica, ni al pájaro de cabeza humana.

A pesar del timbre de las palabras, plantear este problema, tener un alma, no es plantear un problema metafísico (al menos no más metafísico que la mayoría de los problemas). Es plantear, ante todo, un problema práctico, y que incluso tiene aspectos psicológicos concretos, alentadores para quien anhele un conocimiento que pueda elevarse hasta el conocimiento de lo singular. Algunos aspectos paradójicos que la cuestión evidentemente presenta, y que hacen que se corra el riesgo de darle una apariencia metafísica a algunas partes de su discusión, son pura y simplemente inherentes al hecho. Pues tener un alma es poseer riquezas que no se tienen; es vivir positivamente algunas vidas irreales; es ser más grande que uno mismo, más bello y más rico; es constituir un universo sustancial y ser uno mismo ese universo, hecho solo de acontecimientos sin sustancia, operaciones transitivas y fenomenalidades lábiles. El mínimo conocimiento concreto de los hombres basta para mostrar que es así para todos, pero con grandes variaciones proporcionales. La mayoría solo ocupa realmente, si se puede hablar así, una parte reducida de su dimensión cósmica. Algunos se contentan completamente con esa condición, y sin intentar nada para mejorar, se encierran en esa pequeña región de sí mismos. Ahí viven a gusto. Personas de pequeño psiquismo magro, magro. Habilidosos a veces, por otra parte, y exitosos en su oficio; en la parte media de su oficio: la que es reducible a reglas fijas. Otros están abiertos. Tan ampliamente abiertos hacia lo vago y el vacío, que no ocupan y no poseen nada. Alma, mucha alma, pero tan tenue, tan inconsistente, tan vaga, tan poco poseída, que en el fondo no es nada. Ninguna riqueza auténtica. Neblina. Que a cierta edad a veces huele agria. Frecuentemente estos consideran injusto, al final, que su neblina no sea aceptada como valor real.

Los grandes realizadores de sí mismos –que son también, generalmente, grandes realizadores en todo tipo de dominios– son quienes logran darle, tanto para sí mismos como para los otros, solidez, realidad

y consistencia sustantiva a toda esa vastedad confusa y huidiza. Pero esa es una de las operaciones más difíciles. En efecto, existe casi una suerte de imposibilidad interna para la realización del mundo interior, en cuanto que merece el nombre de alma, es decir, en cuanto que se organiza con lo psíquico actual, presente y concreto, desbordándolo al mismo tiempo ampliamente y enriqueciéndolo con todas sus riquezas virtuales. Pues, por el momento, y hasta que hayamos precisado más las condiciones de dicha posesión y de esa realidad sustantiva de lo virtual, así es como concebimos provisoriamente la idea de alma, reservándonos la posibilidad de restringir su nombre al principio de tal consumación. Pues, a fin de cuentas, ese principio es lo que queremos buscar.

De todos modos, ocupémonos desde el principio de evitar una confusión grave que, por sí sola, bastaría para volver inútil toda nuestra búsqueda.

Tengamos cuidado de no confundir, ni esas riquezas virtuales con lo que se ha llamado durante un largo tiempo el inconsciente, ni el problema de la conciencia con el de la actualización más o menos completa de ese virtual. Ya no hay necesidad de llevar a juicio esa noción turbia y monstruosa de inconsciente, ese trastero supersticioso donde los psicólogos han arrojado desordenadamente durante mucho tiempo tanto actividades fisiológicas (especialmente cerebrales) como actividades psíquicas débiles o imprecisas; o incluso consecuencias o postulados inactuales, pero implicados lógicamente por el pensamiento; prolongaciones o profundizaciones posibles, pero irreales, del pensamiento actual; unos más allá sin ninguna consistencia, y cuyo carácter psíquico, e incluso su realidad, no están probados de ninguna manera; por último, supuestos hechos psíquicos, más o menos útiles a título de explicación de lo que, quizá, debe permanecer inexplicado...

Sin lugar a dudas, tendremos que verificar de nuevo esta crítica en el curso de esta investigación. Pero tal como ya se ha hecho veinte veces, sus resultados son hoy en día bastante seguros como para que uno pueda decir que la noción de inconsciente merece ser puesta en

entredicho actualmente, tanto como pudo merecerlo en otra época la noción de alma.

No es el momento de extendernos mucho sobre esta cuestión. Un solo punto bastará para manifestar la inadecuación completa de la idea de inconsciente, al menos para el problema planteado aquí. Quien dice hechos psíquicos inconscientes supone hechos psíquicos reales, actuales, presentes y pertenecientes al sujeto, aunque inaccesibles a su conciencia. Y lo que se toma aquí como objeto de estudio es, por el contrario, inactual e imposable. O al menos solo es poseído (por hipótesis) de una manera que no implica ninguna realidad psíquica actual, semejante a la de los hechos a través de los cuales se lo posee. Nuestro problema consiste justamente en saber cómo tales cosas pueden ser, a pesar de su irrealidad actual y de fondo.

¡Por ejemplo, un recuerdo! Decir que está ahí, en el inconsciente, es hablar de una manera tan bárbara, tan pueril, como si uno dijera... no sé... que el papel azul del telegrama está en los cables telegráficos; que las notas de una sinfonía y las frases de una conferencia están susurradas en el espacio, en las nubes, en el aire, en las ondas hertzianas, entre el puesto emisor y el puesto receptor, pero en voz demasiado baja como para que uno las escuche; y que están presentes, sin embargo, con una presencia homogénea (salvo por el carácter inaudible) a la que tienen en el estudio y en el salón donde resuenan paralelamente. Con este mismo primitivismo, los naturalistas del siglo XVIII hablaban de preformación de los gérmenes, aceptando que entre la generación del padre y la del hijo, el hijo tenía que estar conservado en alguna parte, en miniatura, bien en miniatura, con todos sus miembros, su cara, su ser entero... Preguntarse dónde están conservados los recuerdos (¿en el inconsciente, en el cerebro?) es plantear absurdamente un problema que no tiene más base que la necesidad de explicar una explicación bárbara. Seguramente que si algo se conserva, son como mucho causas y ocasiones, a partir de las cuales puede ser desarrollado un nuevo pensamiento, que se asemejará lo suficiente al primero, y dará suficiente testimonio de esa semejanza, como para que uno pueda tomarlo, a la

vez, como una renovación y como una imagen. Por lo tanto, mientras el recuerdo no está actualizado, no existe para nada en cuanto que recuerdo. A lo sumo, puedo decir que tiene una existencia virtual. Y aun así tengo que ser muy prudente. ¡Esa virtualidad es dudosa, si se trata de un recuerdo posible que de hecho jamás será evocado!

Y sin embargo, de alguna manera poseo algunos de esos recuerdos completamente virtuales. Los poseo si, por ejemplo, están representados por un sentimiento, por una idea, por una palabra, de un modo lo suficientemente nítido para que al intentar evocarlos, sepa precisamente cuál es el recuerdo que evoco. O también si un hábito familiar le asegura a mi pensamiento presente una disponibilidad actual de algunos desarrollos orales posibles, y de todos modos confusamente representados. Los poseo también si mi acción se modula, a través de ciertas habilidades, de manera semejante a como lo haría si fueran actualmente presentes con total actualidad. Y los poseo también, pero con una posesión equívoca y dudosa, si algo actual en mi pensamiento dibuja confusamente algún conjunto vago y vasto, en el cual pueda hasta cierto punto precisarlos débilmente un análisis restaurativo. Por el contrario, no los poseo en absoluto si están totalmente olvidados; si no están ni disponibles, ni implicados, ni representados de ninguna manera en mi pensamiento presente. Y esto aunque una crisis mórbida de hipermnesia estuviera por suscitarlos intensamente en apenas unos pocos instantes con el impacto de una revelación, tanto para mí como para los espectadores. Cerca de existir en unos pocos instantes, todavía no son míos en absoluto.

Lo que se acaba de leer es un detalle limitado, apropiado para hacer entender, en estas pocas palabras todavía preliminares, el problema más vasto que se pretende tratar: hasta qué punto, por qué medios y en qué condiciones podemos poseer el conjunto de todas nuestras riquezas virtuales, y toda la amplitud de tal conjunto, en su forma general; de suerte que todas esas riquezas estén representadas, al menos bajo alguna especie cualitativa que figure o implique la magnitud de su número; y, si fuera posible, bajo especies que determinen, por

poco que sea, su figura, su organización, su diversidad y sus propiedades singulares.

Pero, para terminar de precisar nuestro problema, abordemos la realidad concreta desde el ángulo en el cual no se corre ningún riesgo de postular falsas hipótesis y realidad inventadas. Si uno piensa en sí mismo, intentando conocerse, fácilmente se enorgullece de la realidad de lo que solo existe en potencia, o incluso como pretensión; fácilmente cree poseer lo que no posee en absoluto. Cuando examina el psiquismo de otro para sondear sus profundidades y riquezas, distingue mejor sus indicios, y al mismo tiempo concibe mejor la posibilidad de que resulten ilusorios y engañosos.

*¡Semejante mentira, de otra boca, después de tanto tiempo! ¡Qué llamativo!*

Pero detengámonos un instante. La nota sobre ALBERTE Y PHILIPPE, sin comentarios, podría sorprender. Más aún porque estas observaciones introductorias requieren todavía algunas palabras sobre el método y sobre la documentación.

\* \* \*

El tema que proponemos estudiar aquí no puede separarse de un conocimiento de lo singular, y de alguna expresión de este último, a título de hecho de observación. Por eso es que no nos atreveríamos a tratarlo sin apoyarnos sobre un archivo. Este archivo es un cúmulo un poco confuso de hojas sueltas, de páginas de cuaderno, también de cartas; todo esparcido en grandes fajos, algunos con una tinta ya pálida, otros con una todavía fresca; hojas que designan y reúnen, a modo de índice, algunas fichas en un archivo bajo la palabra ALMA. Croquis basado en la realidad, en el día a día, sin más intención que tomar nota del hecho. Las hojas que ilustrarán este pequeño estudio están tomadas exclusivamente de ese archivo. No son las más pintorescas o las que están redactadas con más cuidado, solo son las que nos parecieron significativas para

expresar el tipo de experiencia que se desprende de ellas. Resolvimos publicarlas tal cual son, salvo por algunos cortes, algunas condensaciones, y las mínimas desnaturalizaciones que permiten utilizar este tipo de apuntes sin ser indiscretos. ¿Hace falta decir que todas las pistas fueron cuidadosamente cubiertas, y que todo intento de identificación de los personajes se apoyaría sobre un error? Este medio de documentación tiene el inconveniente cierto de poner ante el lector páginas dispares, desiguales en su escritura, unas demasiado simples, otras en apariencia demasiado adornadas o complicadas, porque fueron escritas de un tirón, sin el tiempo para los retoques que simplifican, y sin que se haya pensado que iban a ofrecerse a los ojos de un lector. No obstante, quizás en esas siluetas vislumbradas, en las acciones y las pasiones generalmente más banales de la comedia humana, se discernan hombres vivos; hombres y mujeres. ¿Qué hacer? No era cuestión de volver al Yo impersonal y tradicional de los filósofos; ese personaje genérico en el que se supone que cada uno debe reconocerse, y que sin embargo parece que nunca recibió más alimento que el vaso de agua azucarada del conferencista, con un pequeño agregado de tinta quizás. Por otra parte, las actas clínicas o de laboratorio (N..., 19 años, estudiante; X... 40 años, profesor) son evidentemente inadecuadas. El tipo de experiencia que hay que enunciar aquí requiere presentaciones más completas. Por último, quisimos escapar a la *ultima ratio* de la documentación singular: los personajes amañados de los novelistas; personajes observados en principio en la realidad, pero luego impulsados, desarrollados, explicados de una manera más o menos azarosa, y confrontados a circunstancias hechas a gusto. Otra vez, aquí está tomado todo de la realidad, e incluso de las circunstancias más cotidianas en la mayoría de los casos. Nos hemos abstenido rigurosamente de amañar las cosas, no hace falta decirlo. ¿Qué interés tendría? En pos de la vida y de lo real singular, quizás disculpemos entonces a toda esa gente común: a los Philippe y Alberte, a los Faustus y los Trenmor, a Lucinde y a Tiburce, a Daphné y a Sténio. ¿Son seudónimos muy románticos? Pues sí, nos arreglamos como pudimos...



En cuanto a lo que puede subsistir, en estas observaciones, de la vida concreta de quien las recolectó, nos gustaría que el lector, como el “amigo lector” de los viejos tiempos, tenga la bonhomía de aceptar una de esas ficciones que se transmiten, desde Don Quijote hasta los narradores románticos, acerca de la personalidad de un autor. Conocemos esas historias de manuscritos descubiertos en un atillo, de paquetes de cartas recogidos en la calle, o de obras alemanas o árabes sin nombre de autor que nos conformamos con traducir. Se tendrá a bien aceptar, entonces, que un día en que el autor de esta líneas soñaba despierto en la orilla del mar, una ola trajo a sus pies un pequeño cofre. Y habiéndose apresurado a abrirlo, encontró un fajo de papeles muy deteriorados por el agua salada. Solo pudo descifrar los fragmentos que se ofrecen aquí en distinta tipografía, y cuyo origen sigue siendo desconocido...

\* \* \*

¡Semejante mentira, de otra boca, después de tanto tiempo! ¡Qué llamativo! Parece como si en esos revestimientos de madera verde agua, en esas ventanas de impostas redondeadas, en esa claridad un poco artificial, hubiera algo que empuja a las muchachas hacia las afirmaciones contrarias a la verdad...

Stênio está aquí de casualidad. Conociendo el trabajo apremiante que debía realizar, la dueña de casa hizo que le abran el pequeño cobertizo. Hacía años que no entraba en él.

Un poco más tarde, corridos del jardín por la lluvia, entra –disculpándose– la joven pareja, Alberte y Philippe. No, no molestan. Stênio les pide permiso para seguir con su trabajo. Por supuesto, aceptaron encantados.

A través de la ventana, que pudo dejarse abierta de par en par pues la lluvia blanca cae verticalmente, llega el aroma misterioso de las tierras de junio que se mojan. En sus nubes azuladas, el trueno ruge, por momentos, como un tigre que acaricia. Ese clima –como siempre– mete a Stênio de lleno en su adolescencia, como si esta hubiera cabido entera en una tarde

de junio, y en la espera de una tormenta. Demasiadas razones para no poder evitar pensar en una cierta Lucinda, fría y orgullosa, pero a la que uno podía irritar con una indiferencia calculada. En este mismo lugar, en tiempos lejanos, ella sorprendió y estremeció a Stênio con una mentira estridente y fría, dicha con calma, y no sin habilidad. Aunque la mentira le fue indiferente, el enigma lo conmovió, lo irritó. Ese problema fue, durante algún tiempo, una espina clavada en su espíritu, si no en su corazón. Y ahora, después de tantos años, no puede evitar darse cuenta de que la mentira estuvo precisamente destinada a eso. Una manera de decirle: después de todo, quizás soy más complicada de lo que piensas.

Por eso Stênio se estremece un poco al escuchar que Philippe murmura, primero como un reproche, y luego, al terminar, como una confesión voluntaria de que ha pescado la falsedad: "¡Oh! Alberte. ¿Eso es cierto?".

"Son más espontáneos de lo que éramos nosotros —piensa Stênio—. Es verdad que estos dos tienen en sus manos una tarea larga y difícil que cumplir: hacer que converjan dos pasados separados, para hacer con ellos un porvenir común. Y yo solo pensé en un momento sin consecuencias y sin importancia, que jamás hubiera vuelto a mi mente, después de tanto tiempo, sin este decorado".

Pero no puede evitar prestarles mucha atención a esos dos, aunque de manera discreta, y observarlos lo mejor posible.

Sosteniendo la mano de Alberte, Philippe piensa. La ligera inexactitud, la pequeña distorsión de la verdad que contenían las palabras de la muchacha debieron conmovirlo, no a causa de un prejuicio moral contra la mentira, sino porque es un síntoma. ¿Por qué esa pequeña mentira? Sintió en ella la reacción de una defensa: se dibuja allí un pequeño misterio que él anhela comprender. Para disimular, Alberte se contradijo. A fin de cuentas, y en términos generales, sin duda ella es muy abierta con él, tiene un corazón juvenil, noble y un poco escuálido, pero también contiene y guarda, como un lugar inaccesible, un costado de su vida interior. Es una habitación cerrada con llave, es un *boudoir*. ¿Qué hay allí? ¿Qué mundo?

Precisamente porque Alberte se contradice, porque se brinda a la vez que se niega, porque quiere dar a conocer su corazón, pero tiembla y se

encabrita ante un conocimiento demasiado total y demasiado límpido, se muestra más rica, más humana, interiormente, de lo que sería si se defendiera menos. Sin duda, Philippe piensa en aquella joven, Yvonne, que se dirigía a él, lo recuerda, con una inclinación tan ingenua, y cuyas palabras eran tan transparentes. Por eso es que no le interesaba. Aquí hace un esfuerzo apasionado, agudo, por edificar en su pensamiento ese mundo tan complejo que siempre, siempre, tendrá que adivinar. Comparando lo que decía ayer y lo que dice hoy, con esa garra y esa vértebra, intenta reconstituir el monstruo entero –el bello monstruo interior mantenido en secreto–.

Y Alberte sabe bien, por instinto, que sorprendiendo a Philippe no arriesga nada y se vuelve más valiosa ante sus ojos. Las dos pinceladas que ella aportó, para el retrato de ella que él pintó dentro suyo, son tanto más interesantes en la medida en que son enigmáticas. Ella levantó los ojos, sostiene la mirada del hombre, esa mirada que busca en la suya las formas de un universo.

¿Puede Philippe representarse ese universo en trazos precisos? Desde luego que no. Pero lo siente y lo palpa en su imaginación, en una exploración enamorada y recelosa. Siente irisaciones, destellos, que indican líneas de mayor o de menor resistencia. Presiente conflictos futuros, peligros, acontecimientos, quimeras, aventuras, emociones. Se pone en guardia ante sus propios errores al respecto, y contra sus consecuencias. Duda de si aceptará o intentará modificar algunas actitudes del monstruo. Todo esto –aunque seguramente de un modo confuso, implicado y extrañamente simbolizado en su pensamiento– lo concibe, se lo representa de alguna manera en ese instante. Y en efecto, he allí que, para deleite psicológico de Sténio, murmura la siguiente frase: “¿Quisiera responder a esta pregunta, Alberte? ¿Cree usted que dos prometidos tienen derecho, antes del matrimonio, a mostrarse un poco, mutuamente, sus almas?”.

No está nada mal para ese buen muchacho, que no se preocupa mucho por las sutilezas. Tiene genio, sobrentendido, impertinencia; y una declaración de amor que va muy lejos.

El rosa resplandor de un relámpago se reflejó repentinamente sobre los vidrios, y mientras secamente estalla el trueno, la lluvia, azotada por un

viento nuevo, entra en la habitación. Alberte se levanta. Sin prisa, cierra las ventanas. Su calma y su silencio la dicen golpeada; pero no del todo, si se observa una ligera luminosidad de su rostro. Y por otra parte, complacida por esta interrupción que le da una oportunidad para permanecer enigmática, pues no se puede saber si se levantó enojada u obligada por otra cosa. En el fondo, no perdió el tiempo. A Philippe le dejó, para siempre, una suave inquietud ligada a la revelación de que tiene un alma. A Sténio, le dejó este problema: ¿podrá decirse que la profundidad de un alma se mide en el ocultamiento, en la contradicción, en la mentira?

\* \* \*

No caben dudas de que el Philippe de la historia precedente pronuncia la palabra alma muy oportunamente.

Quizás haya cometido un error al reificar –por así decirlo– excesivamente, bajo el nombre de alma, el objeto que se da su pensamiento al concebir lo más inmaterial que tiene Alberte. Pero no hace nada que no incumba a las operaciones más habituales del pensamiento, y el conocimiento que busca adquirir no es más ilegítimo que muchos otros del mismo tipo –de los que tendremos que hablar– en los cuales reunimos en seres fenómenos fugaces. Y al menos Philippe tiene el mérito de que, cuando piensa en el alma de Alberte, no piensa en la entelequia primera de ese cuerpo bonito que tiene la vida en potencia (¿la suya u otra?, murmuraría irónicamente Schopenhauer). No hace de ella una mónada, un espejo del mundo. Hace de ella un mundo por sí solo, un pequeño mundo lábil, delicado, cambiante, sutil. Y tiene razón. El alma de Alberte se dibuja, y merece tanta atención e interés, no en cuanto que sujeto, sino en cuanto que objeto. ¡Extraño error de esos filósofos para quienes el objeto es siempre, y por privilegio, material y no psíquico!

Y yo entiendo que el alma de Alberte quizás no es aquí más que –para citar un poeta– una mirada. Pero es precisamente ese mismo hecho lo que hay que meditar: el hecho de que una mirada pueda contribuir

a dibujar y a matizar, para la representación que busca hacerse un hombre del psiquismo ajeno, la organización de un mundo interior.

¿Diremos que este hombre proyecta en los otros sus propios hechos psíquicos, tal como los experimenta a través de su conciencia? ¿Pero qué lejos está esto de la verdad! Philippe no tiene de su vida psíquica ningún conocimiento análogo al que llega a tener de la vida psíquica de Alberte cuando imagina y busca comprender su alma. Y probablemente Alberte, por su lado, hace una representación semejante para Philippe. Y quién dice que no vaya a llegar, en la simbolización en cuanto tal que logre hacerse, a algo más justo y más adecuado que lo que podría pensar el muchacho a propósito de sí mismo. Dentro de un rato –supongamos que se produjo la reconciliación– intentará incansablemente darle explicaciones a Alberte –así hacen todos a los que el amor los pone a desvariar–. Si pudiéramos comparar lo que dice de sí mismo con lo que piensa de ello Alberte, cuando lo mide en cuanto al alma mientras habla, con su mirada lúcida, pensaríamos que quizás no es Philippe el que ve con más justeza en lo que concierne a él mismo. Muy a menudo los otros nos conocen mejor de lo que sabemos hacerlo nosotros.

Dejemos de lado la cuestión de saber qué procedimientos representativos emplean nuestros dos jóvenes para figurarse por sí mismos lo que llaman el alma del otro. Está claro que estos procedimientos son empíricos y aproximativos. Pero no importa la manera, lo esencial es lo que conciben. Suponiendo un alma en el otro, cada uno de ellos admite solamente que el conjunto de sus pensamientos, de sus ideas, de sus comportamientos, de sus tendencias, constituye y sostiene un universo, un microcosmos, que es posible concebir –con o sin razón, no importa– según el modelo de un ser y de un mundo, con una estructura, o una arquitectura, y modificaciones diferenciales, y transformaciones caleidoscópicas, y revoluciones, y contenidos o riquezas más o menos interiores y secretas. Y, en su principio, es un pensamiento justo, legítimo, útil. Decir, de una manera insuficientemente precisa sin dudas, que una palabra del muchacho pudo herir el alma de la

muchacha, es señalar mal que bien un hecho preciso. ¿Cuál? El hecho de que un sistema de convicciones, de creencias, de ideas, de imágenes –y quien dice sistema, dice relaciones numerosas y diversas, proporciones, jerarquía, y demás–, sea susceptible de ser herido, lesionado, afectado o perturbado, y de modificarse en consecuencia, exactamente como un organismo muy delicado.

De esas almas heridas, y de quienes las hieren, casi no hablaremos aquí. ¡Son cosas tan conocidas por todos! Por otra parte, seguramente el pequeño cofre que trajo el mar contiene más de una de esas historias. No estamos seguros de que sea útil contarlas. Sin embargo, hace falta precisar el tenor exacto del tipo de hechos que nos incumben. ¿Habrás que decir alguna palabra sobre HENRI y NORA?

Le recordamos al lector que no debe esperar alguna cosa pintoresca o sorprendente en las historias que le contamos, con un fin muy distinto al de divertirlo. Esto es un estudio. Los documentos tienen la finalidad de determinar, con tanta precisión como sea posible, hechos singulares, en el sentido filosófico de la palabra: hechos individuales, complejos y llenos de matices; pero no singulares como para que se salgan fuera de la condición humana corriente.

\* \* \*

Aquí tengo, como en un cuento de Daudet (en *Mujeres de artistas*), la versión de la mujer y la del marido. Es impresionante ver que los reproches de la mujer son excesivos, exasperados, pues todos descansan sobre interpretaciones falsas. Y es evidente que todos los errores (y errores profundos, odiosos, incluso degradantes) están del lado del marido, aunque él esté íntimamente convencido de que es un marido modelo. Y lo es. Hombre notable, ya conocido como economista, y que ha adquirido una posición de cierta importancia en las bambalinas de los asuntos políticos. Recibe con indignación, mezclada con un vago desasosiego, la notificación fría de la voluntad de separación que le hizo su mujer. Tiene miedo. Después de diez años de vida conyugal, la partida de la pequeña Nora, frágil y siempre

un poco quebrada, puede perjudicarlo. Ninguna duda de eso. Y además, está profundamente herido en su amor propio. Una de las superioridades de las que se jacta con mucho gusto, es la de saber "manejar a los hombres". Por cierto exagera su habilidad, que consiste sobre todo en una curiosa, y por otra parte abusiva, aplicación de la Psicología del Comportamiento, aplicación cuyas zonas de éxito y de fracaso quedan delimitadas con bastante precisión por la ventura presente. Actitud espontánea, por cierto. Rasgo de carácter y no de doctrina. Henri se enorgullece de que sabe prever con bastante exactitud cómo actuarán los hombres en una circunstancia dada, y de que es hábil para conducirlos hacia el comportamiento favorable a sus intereses. Los motivos, la composición de los motivos en un cuadro general, donde él mismo esté representado de tal o cual modo, importan un comino para la manera en que evalúa sus logros. No por cinismo, para nada, sino porque no le interesa, le parece carente de importancia. No se lo representa. De allí que, de vez en cuando, error de cálculo brusco, como ahora. Su método no tiene en cuenta residuos, modificaciones sucedidas.

Sé por qué se las arregló para tenerme aquí como testigo. Le teme a las hipótesis sobre los reproches de Nora: considera útil que alguien sepa de su vacuidad. En este punto, Nora me sorprende más. Pero al vislumbrar la manera en que su voz suave, apasionada, amarga, está siempre cerca de las lágrimas, supongo que quiso protegerse de una brusca derrota de la voluntad, siempre posible. "Mencióname un caso –dice Henri– un solo caso en el que haya faltado a uno solo de mis deberes contigo".

NORA (*dulcemente*) – Pero todos los días, querido Henri, todos los días de la mañana a la noche. Aguanté, no sé por qué. Te amaba, creo. Pero ahora que te veo tal cual eres...

HENRI – Un ejemplo, te pido. Dame un solo ejemplo.

NORA – Uno solo, de acuerdo. Pero mira que no tiene más importancia que los demás. Te conozco: dirás enseguida que esa era mi única y gran imputación...

HENRI – Tu ejemplo, te lo suplico...

NORA – Bueno, cuando éramos novios, yo era, como saben ambos, estudiante de filosofía. Eso te parecía muy bien, te halagaba, no sé por qué.

Cuando ya casada retomé mis lecturas anteriores, y comencé de nuevo a escribir pequeños ensayos que no tenían, lo reconozco, ningún valor, me di cuenta rápidamente que te molestaba. ¡Oh, jamás me prohibiste que lo haga, ni te burlaste! Pero te las arreglabas indefectiblemente para que surja casi de inmediato alguna cosa de la que debía ocuparme necesariamente, si no quería estar en falta. Me he reprochado tan a menudo el hecho de estar en falta, de no lograr hacer frente a todos mis deberes. Descubrí que eras muy exigente en cuanto a las cosas materiales. Recién más tarde comprendí la verdad: hería tu orgullo el hecho de que alguien además de ti tuviera, en tu casa, ocupaciones un poco elevadas...

HENRI – Yo siempre respeté tu trabajo, lo abandonaste poco a poco tú sola...

NORA (*tajante*) – Sí, sí, lo sé. Incluso me lo has reprochado. Cuando venían tus amigos a almorzar, les hablabas de mis trabajos filosóficos. Incluso creo haberte escuchado afirmar que yo tenía un doctorado... Y luego, si alguien mencionaba alguna obra reciente que habías visto aparecer sobre mi mesa y que te habías ocupado de hacer que desaparezca, me pasabas amablemente la palabra: 'Mi mujer les hablará acerca de ella mucho mejor que yo'. Y yo balbuceaba tímidamente: 'Todavía no tuve tiempo de leerla...'. Después, simplemente me callaba. Tú me lanzabas entonces una mirada furiosa, pensabas: '¡Ni siquiera sirve para eso: decir una frase brillante sobre un libro hojeado rápidamente!'.

Siguen otros reproches. "Has hecho imposible todo desarrollo de mi vida personal. Quisiste tener en mí una mucama y al mismo tiempo una personalidad brillante para exhibir, una o dos horas por semana, cuando te interesaba. Y en cuanto a lo que era mío, verdaderamente mío, has intentado truncarlo cada día".

No importa mucho lo que sigue... Evidentemente, Nora se equivoca del todo cuando supone en Henri intenciones malintencionadas, una voluntad de destruir en ella cualquier cosa positiva. Nada de eso, él no lo hizo a propósito. Ni siquiera pudo concebir que lo hacía. Basta con observarlo en este momento. Yo terminaría por darme cuenta. Rápido para calcular los beneficios y las pérdidas de un asunto, para erigir un plan de acción en el



cual las concesiones no comprometan las ventajas esenciales, busca solamente los medios prácticos para conseguir sus fines, conservar a Nora. ¿Sus ofertas? Una modificación en el tren de vida, para descargar a Nora de una parte más grande de las preocupaciones domésticas, y el acondicionamiento de un estudio que será para ella sola, y donde, en ciertas horas, nunca habrá que molestarla.

Hay algo lastimosamente cómico en la tremenda desproporción entre el drama que acaba de desarrollarse y la naturaleza de los remiendos con los que se intenta calafatear el barco que se hunde. Nora duda ahora, no tentada por el lindo arreglo, sino hastiada, asqueada, deseosa de cualquier surco sobre el cual poder dejarse llevar. Pues la mínima idea de porvenir en este momento la asusta. Esta suerte de servidumbre limitada le parece bastante buena para lo que queda de ella. Discretamente, yo la empujo más bien en ese sentido, sabiendo bien que nunca llegará a decidirse. En el estudio en cuestión, Nora solo se encerrará para llorar —por otra parte, Henri lo visitará cuidadosamente en su ausencia— o para leer novelas de Simenon. Lo singular es que si Henri hubiera organizado por sí mismo, cuatro o cinco años antes, esa disposición física pueril, sin duda Nora hubiera considerado encantador a su marido, y solo se hubiera acusado a sí misma por su mal. Y en efecto, habría sido encantador si hubiera podido ocurrírsele tal idea. ¡Que la gracia o la desgracia del elemento más inmaterial de los destinos humanos dependa de tan poca cosa! La evidente, la increíble torpeza de este hombre “que sabe manejar a los hombres”, y el lamentable pisoteo de ese bonito jardín frágil donde habrían podido crecer tan bellas flores —el desgraciado contaba con ellas, las aguardaba, las esperaba—; todo eso, que Nora ha comprendido como una suerte de humillación buscada, continua y premeditada, evidentemente tiene una sola causa. Quizás la brutal ceguera de Henri tiene una pizca de excusa inicial: esas habladurías estúpidas sobre la necesidad de domar a las muchachas, de imponer primero la voluntad del hombre, de poner de entrada un hogar al nivel en que se quiere que esté. De buena fe, Henri solamente quiso llevar a Nora a que no actúe como lo hacía en tal o cual circunstancia, a actuar al revés de tal manera en tal otra coyuntura, sin preocuparse por saber cómo la acción impuesta u obstaculizada se

componía con todo un conjunto. Un conjunto tímido, orgulloso, mal afianzado y poco expresado, y que habría podido modelar si solamente lo hubiera considerado, si hubiera pensado que era algo. Pues así todo, siente sus deberes. Pero incluso ahora no comprende, no comprenderá jamás. Quizás, Nora se sienta atraída por otro hombre, supone siguiendo las tradiciones imbéciles de una psicología grosera, mientras su mirada se endurece.

Desdeñosa y como ausente, Nora, más firme de lo que yo me esperaba, rechaza el acuerdo del economista. "Es demasiado tarde, Henri. No olvidaré jamás, compréndelo. Esas cosas solo son posibles con esperanza. Se acabó".

Y mientras continuó en mi rol absurdo de testigo para algunas cuestiones prácticas que debaten en función de la partida de Nora —Henri piensa que sin duda es provisoria—, siento que brota en mí un recuerdo lejano, lejano. Pienso en un pequeño niño que había dispuesto cuidadosamente, detenidamente, diversos objetos, grandes y pequeños, de una manera que consideraba muy bonita y ornamental, sobre la mesa de su madre, para "complacerla mucho". La madre llega. Tranquila, distraída, toma de los objetos uno que necesita, vuelve a poner otro en su lugar ordinario, deshace todo. Y cuando las explicaciones desesperadas que siguen a los sollozos contenidos del niño le revelan la extensión de su desprecio, exclama desolada: "¡Ay, mi pobre niño, no había visto que era algo!". Supriman las explicaciones, concedan que el niño se queda convencido de que la madre actuó a propósito, y la madre de que el niño llora estúpidamente por nada; midan los malentendidos, la manera en que se desarrollan y se agravan en la incompreensión; agranden todo eso a la escala de diez años de la vida de un hombre y una mujer; y tendrán la historia de Nora. Ya no hay nada que hacer.

\* \* \*

Todo esto es tan banal en ciertos aspectos, que casi hay que esforzarse para contarlo y para notar que no deja de tener un alcance filosófico.

O bien los hechos que acabamos de observar están mal interpretados —y señalaremos que, en ese caso, estaríamos obligados a aceptar la

versión de la mujer y a hacer del marido un malvado—, o bien acabamos de ver jugar un mecanismo muy delicado y a la vez muy simple, cuya importancia es grande en las relaciones interhumanas. Todos los hechos similares —y son numerosos— dan cuenta de la gravedad de los incidentes humanos que pueden resultar de la representación o de la no representación del psiquismo de otro bajo tipos más o menos sustantivos, es decir en calidad de ser, de objeto o de cosa. Se sabe que la tendencia a sustancializar, a hipostasiar, a realizar o reificar constituye una disposición constante del pensamiento humano. Si se aplica aquí como acabamos de verlo, informando un trabajo de representación y a la vez de reconstitución sobre indicios débiles, el conjunto es el vehículo de saberes útiles, aptos para regular una conducta intersíquica. Si suprimen esta forma de pensamiento, se cae en la torpeza o en la inadecuación. Todo esto basta, al menos, para exponer y para legitimar lo que podemos llamar la acepción práctica interhumana de la palabra alma.

Sigamos valiéndonos del caso precedente. Al decir que Henri tenía a cargo un alma —un alma noble, todavía imperfectamente explícita, delicada y recelosa— y que la lastimó grave y definitivamente por no haberla estudiado y no haberla tomado en consideración concreta; digo que, al hablar así, uno expresa hechos positivos de una manera quizás convencional, pero precisa y racional. Digámoslo sin rodeos: científica. Filosóficamente, es posible que nos encontremos todavía en el dominio del “Todo sucede Como Si” y del mito pragmático. De todos modos, en los hechos de este tipo, el mito práctico se vuelve a veces realidad por sus propias fuerzas, en el sentido de que puede ser objeto de un esfuerzo expreso de realización.

Naturalmente, este tipo de conocimiento es frágil, delicado, y está sujeto a errores, tanto por exceso como por falta. *Audietur et altera pars*. Muchos Philippes y muchos Henris han sobrestimado en profundidad y riqueza a muchas Albertes y Noras. Los psiquismos de algunas muchachas son perlas falsas. Engaño instintivo de quienes simulan hasta el hartazgo riquezas interiores. Sobrestimación universal

del amor. Todas las mujeres quieren ser amadas, y según se dice, el número de las que son dignas de un amor eterno es mucho menor. En la primera fila de las condiciones para dicha dignidad, pondríamos al menos cierto asombro maravillado, cierto temor sordo a no estar completamente a la altura de la evaluación cuasi sobrehumana que implica un amor intenso.

Pero esto –veremos un caso en el próximo capítulo– nos arrastra hacia otros problemas y hacia otras regiones. La indicación basta para mostrar la posibilidad de ir hacia ese otro dominio y de asistir, como vamos a hacerlo ahora, a esfuerzos concretos de un sujeto por realizar un poco algo de lo que una idea representa extrínsecamente de él; o al menos por estar a la altura.

En cuanto a la ganancia positiva que podemos sin duda considerar como adquirida al final de este capítulo, se puede expresar en dos o tres proposiciones muy simples, que son las que siguen.

I. EN LO QUE TIENE DE TOTAL Y DE INDIVIDUALMENTE CARACTERÍSTICO, EL CONJUNTO DE LOS HECHOS QUE LE DAN CONSISTENCIA SUSTANTIVA A LA VIDA PSÍQUICA DE UNA PERSONA PUEDE SER REPRESENTADO EN UN PENSAMIENTO.

II. LLAMAMOS ALMA AL OBJETO DE TAL PENSAMIENTO.

Proposiciones que pueden prolongarse en esta tercera:

III. LA REALIZACIÓN DEL OBJETO DE TAL PENSAMIENTO PUEDE SER, LLEGADO EL CASO (ES DECIR, SUPONIENDO QUE UNA CONSUMACIÓN TAL PAREZCA EFECTIVAMENTE DESEABLE), EL FIN DE UNA ACTIVIDAD PSÍQUICA POSITIVA.

Las primeras dos proposiciones no tienen nada que pueda sorprender. En filosofía, no tiene nada de extraordinario considerar al alma como una idea. No faltan antecedentes en este aspecto. Aquí la planteamos,

no como idea, sino en relación con una idea. No hay ninguna dificultad en este tema. La tercera proposición marca un paso adelante, una articulación hacia un nuevo problema que ya se esboza: el de saber cómo semejante idea puede encontrar su objeto, no por un esfuerzo unilateral de conocimiento, sino por un movimiento propio del objeto hacia la consumación de esa forma suya que se le presenta, como se presentaría un espejo mágico que se anticipara a lo que debe representar. Ahora tenemos que llevar nuestra investigación hacia hechos de este tipo.

